

Jorge B. Rivera

# La inversión en comunicación social en la Argentina



puntosur





**Jorge B. Rivera**

**La investigación  
en comunicación social  
en la Argentina**



Portada: *Oscar Díaz*

Fotografía: *Jorge Sáenz (Agencia Foco)*

©Jorge B. Rivera. 1987

©Puntosur S.R.L. 1987

Lavalle 774 (7º 27), Buenos Aires, Argentina.

Mariano Moreno 2708, Montevideo, Uruguay.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

## INDICE

PRESENTACION .....	11
--------------------	----

### PRIMERA PARTE

Panorama de la investigación, el análisis y la crítica de la comunicación masiva y la cultura popular en la Argentina .....	13
1. Medios, cultura popular: el problema “chandola” .....	15
2. Algunos antecedentes históricos .....	18
3. Esbozo de un marco bibliográfico referencial .....	20
4. Década del '60: umbrales de la problemática comunicacional ..	26
5. Actualizaciones: la óptica estructural .....	38
6. La otra “orilla” de la ciencia .....	46
7. Algunas propuestas de los años '70 .....	53
8. Manipulación y efectos en la óptica de investigadores y críticos argentinos .....	58
9. La convergencia desde la literatura .....	65
10. La línea de la “erudición popular” .....	76
11. Análisis e información en el circuito de las revistas .....	81
12. La necesidad del marco bibliográfico .....	83

### SEGUNDA PARTE

Bibliografía anotada. Selección de fuentes para la investigación de la comunicación masiva y la cultura popular en la Argentina .....	95
Indice general de temas .....	179

## 5. ACTUALIZACIONES: LA OPTICA ESTRUCTURAL

Hacia 1959 algunas ideas antropológicas de Lévi-Strauss eran incorporadas por Gino Germani a sus cursos de Sociología Sistemática, al propio tiempo que se publica uno de los primeros textos del autor de *Tristes trópicos* vertido al castellano: "La estructura social", aparecido originalmente en 1953 en *Anthropology Today* (ed. A. Kroeber).<sup>23</sup>

El crecimiento de la influencia de Lévi-Strauss en nuestro medio es lento, como lo reconoce Eliseo Verón en un artículo sobre la producción social de conocimiento aparecido en la revista *Lenguajes* (núm. 1, 1974). En 1962, en el núm. 2/3 de *Cuestiones de filosofía*, se publica un reportaje realizado por el propio Verón, en cuya presentación el entrevistador reconocía que la noción de *estructura* no había pasado en el terreno de las ciencias sociales de un empleo "impreciso" o de una mera "expresión de deseos" acerca de la necesidad de una cierta "perspectiva estructural".<sup>24</sup>

Entre ese año y el colapso que significó la intervención militar de 1966 para la carrera de Sociología (por lo menos tal como la había planteado Germani), algunos seminarios alternativos sobre el estructuralismo trataron de competir, sin lograr excesivo espacio, con la ortodoxia funcionalista del Departamento de Sociología, cuyos modelos siguieron siendo Parsons, Lipset y otros conspicuos representantes de la sociología norteamericana. Desde este punto de vista puede afirmarse que durante el período 1959-1966 la gravitación y la productividad académica del estructuralismo fue extremadamente parca, frente a la resistencia de los sectores más tradicionalistas y conservadores, y frente, asimismo, a la orientación de los sectores "tecnocráticos" y "desarrollistas" del cientificismo liberal-modernizador.

---

<sup>23</sup> Si no consideramos como tal a "El arte de descifrar símbolos", recogido en el número 5 de la revista *Diógenes* (1954) y en el que se comentan diversos trabajos etnológicos sobre mitos y símbolos.

<sup>24</sup> Por esa época Lévi-Strauss no gustaba usar la palabra *estructuralismo*. De hecho hacia fines de los años '60, no reconocía otra empresa *estructural* que la emprendida por los lingüistas. "No me gusta mucho emplear la palabra estructuralismo, que ha sido inventada por los periodistas y que ahora estamos obligados a usar porque ya ha entrado en la lengua" (cfr. reportaje a Claude Lévi-Strauss en revista *Primera Plana*, núm. 341, Buenos Aires, 8 de julio de 1969, p. 60).

Uno de los introductores más consecuentes del estructuralismo en el ámbito académico será, precisamente, Eliseo Verón, un joven sociólogo que había realizado estudios de post-gradó con Lévi-Strauss y cuya posición era crítica en relación con las líneas predominantes en las denominadas “carreras nuevas”. Vale la pena recordar, en este sentido, su conferencia de 1963 sobre “Sociedad y comunicación: introducción a la obra de Claude Lévi-Strauss”, pronunciada por invitación (aparentemente no repetida, según el propio conferencista) del Departamento de Antropología de la Universidad de Buenos Aires.

La fractura del proyecto universitario “modernizador” reordenará, a partir de 1966, influencias y ámbitos de trabajo, en la mayor parte de los casos fuera de los campos específicamente académicos u oficiales, y en esa nueva dimensión de productividad intelectual se ubicará, precisamente, el auge de los diversos estructuralismos.

Es necesario señalar el papel cumplido en este proceso de actualización por ciertas instituciones ubicadas al margen de los marcos oficiales, como el Instituto Di Tella, cuyo Centro de Investigaciones Sociales, dirigido entonces por Jorge García Bouza, organizará algunos eventos capitales para el asentamiento y práctica de las nuevas corrientes estructurales y semiológicas. Entre ellos el simposio de 1967 sobre teoría de la comunicación y modelos lingüísticos en ciencias sociales, en el que participaron, entre otros, Eliseo Verón, Luis J. Prieto, Carlos E. Sluzki y Oscar Masotta (cfr. al respecto el volumen *Lenguaje y comunicación social*, editado en 1969 por Nueva Visión).

Tal vez el sesgo de las preguntas que Verón le formulara a Lévi-Strauss en su reportaje de 1962 ya anticipe una apertura y diversidad problemática que están presentes —como un rasgo distintivo— en la ulterior evolución del estructuralismo en la Argentina. En ese texto Verón parece rebasar con cierta sugestiva insistencia el marco más restringido y especializado en el que se mueve, o gusta moverse, el antropólogo francés. Así, por ejemplo, Verón insiste en proponer convergencias, derivaciones y ampliaciones de campo (vgr.: etnología/psicoanálisis, estructuras inconscientes/sociedades “históricas”, estructuralismo/marxismo, etc.), mientras que Lévi-Strauss parece sentirse más cómodo en un re-envío permanente al

campo más restringido y académico de las afirmaciones etnológicas.<sup>25</sup>

De hecho esta dinámica convergencia de campos y problemas, preanunciada por Verón, formará la trama misma de un trabajo de reflexión en el que se amalgamarán “ideas” estructuralistas extraídas de la etnología, aportes del psicoanálisis, retazos de la lingüística jakobsoniana, de la teoría de la comunicación, de la semiología, del estudio del comportamiento social, de la cuestión de las ideologías, de los conceptos marxistas de infraestructura y superestructura, de la psiquiatría, etc., determinando un espacio de intercambio y generación de conocimiento altamente polémico, fluido y complejo, si comparamos lo ocurrido entre nosotros con los recortes más circunscritos y específicos que se elaboraron contemporáneamente en los países centrales.

A lo largo de los años '60 el afianzamiento del campo lingüístico (desde su fundación “moderna” por Saussure) y en especial el desarrollo de nuevas líneas teóricas y metodológicas (entre ellas las propuestas por Jakobson, Martinet, Pedersen, Chomsky, Greimas, Benveniste, Peirce, Barthes, Kristeva, Prieto, etc.) provocaron una suerte de viraje desde el funcionalismo de corte norteamericano —que gozaba de algún prestigio universitario— hacia investigaciones y reflexiones más emparentadas con el estudio de los sistemas significantes, los contenidos ideológicos, los análisis semiológicos, etcétera.

El lugar de la *neutralidad* científica será re-ocupado por una masa argumental que no difiere, en cierto sentido, de la esgrimida en la etapa anterior por los ortodoxos funcionalistas de las ciencias sociales, si bien los exponentes más lúcidos de la corriente estructural toman en consideración (e introducen por esta vía algunos matices diferenciales) las cuestiones fundamentales de la dependencia económica y cultural, tema que se hace dominante desde la

---

<sup>25</sup> Lévi-Strauss no parece demasiado interesado por implicarse en problemas o planteos que exceden su marco específico de trabajo: la etnología. Su campo es circunscrito y se refiere, como él mismo dice, a “cosas muy chicas”; e inclusive ese campo restringido está, a su juicio, muy lejos de la madurez, o de resolver siquiera una parte relevante de los problemas que se plantea. Lévi-Strauss, por otra parte, advierte que en el orden de los fenómenos sociales sólo puede estudiar aquellos que están estructurados o son estructurables, no los que se gobiernan principalmente por las reglas de la probabilidad. Cfr. *ibid.*

caída del peronismo en la reflexión de pensadores e investigadores procedentes del marxismo o de la línea nacional.

Esta nueva toma de conciencia, que recoge cierto nivel de *conocimiento* procesado exclusivamente, y de manera algo heterodoxa, por la vía política (si pensamos en los carriles por los que transitaba la ciencia académica), no impedirá, sin embargo, la percepción de un sensible desfasaje entre lo puramente declarativo o lo perteneciente a la esfera de las opciones éticas personales, y los enmarcamientos y resultados reales de muchos de los trabajos abordados hacia fines de los años '60 y comienzos de los '70, por esta corriente. Más bien acentuará una cierta impresión de ensamblaje dicotómico y a contrapelo, en el que se reactualiza la vieja polémica entre *ciencia e ideología*. La "condición de verdad" problematizará de manera severa el campo de lo político, y buscará una última legitimación universal en los territorios de la ciencia, recomponiendo de esta manera los viejos fantasmas de la neutralidad científica.

En este punto, más que en otras cuestiones de teoría o método, radicará la clave de las polémicas y discusiones que sostienen semiólogos y estructuralistas con críticos que provienen del marxismo y del pensamiento nacional.

El campo estructural-semiótico se reservará frecuentemente el privilegio de la "cientificidad" frente a la mera ambigüedad, la retórica difusa y la falta de "sistematicidad" del discurso de pensadores nacionales como Chávez, Jauretche o Hernández Arregui (para mencionar sólo a tres figuras capitales de la etapa 1955-1966). En tanto "militante" (y por consiguiente "ideológico") ese discurso no puede ser "científico", ni "productor de conocimiento", ya que carece de la sustentación suficiente que brindan el marco teórico, la práctica metodológica y la base empírica implementada según los cánones de la ciencia. En tanto "militante", a este conjunto de intuiciones, interpretaciones y "tanteos" ya no le interesa el "problema del método" ni la cuestión del "marco teórico", que están al margen de la ideología y por consiguiente de la política. Un discurso no cruzado por estas preocupaciones y recaudos se convierte, automáticamente, en sospechoso.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Quienes se interesen por el análisis crítico de resultados y por la validez relativa de ciertos aparatos metodológicos pueden confrontar *Ideología y comunicación de masas*:

Su culpa: *la falta de método*, aunque ese método pertenezca a comarcas tan ubicuas y plásticas (frente, si vamos al caso, a los bien asentados territorios de las ciencias exactas) como el psicoanálisis, la lingüística, las ciencias sociales, etc., cuyos estatutos están en plena generación y son por lo menos materia de permanente debate y crisis entre sus propios oficiantes y sustentadores.<sup>27</sup>

La Argentina, sin embargo, en plena euforia de la “teoría de la manipulación”, ha sido escenario de fenómenos que contradecían tercamente los postulados teóricos y metodológicos implícitos en la concepción “científica” del poderío de los medios masivos. Basta recordar, por ejemplo, la compleja y paradójica relación medios/peronismo en 1946, 1955 y 1973, o el estruendoso fracaso de la millonaria campaña de medios desplegada por Nueva Fuerza, para advertir que el *conocimiento* no avanza exclusivamente con el apoyo de ciertas budineras más o menos importantes.

Hacia fines de la década del '60 el estructuralismo había superado entre nosotros las barreras del cenáculo de especialistas para adquirir ciertas condiciones de popularidad; una popularidad difusa, marginal, hecha más de recortes (y de escasos ejemplos de lectura sistemática) que de seguimientos orgánicos de los sutilísimos meandros trazados por un campo en sí mismo vasto y complejo. Una popularidad alimentada por ciertos semanarios (*Primera Plana* y *Confirmado*, entre los más notorios), por algunas editoriales que sumaron a sus proyectos el rubro “estructuralismo” y por grupos intelectuales proclives a la actualización teórica “de moda”, o seriamente convencidos de la necesidad de un reajuste del campo del conocimiento que involucrase temas relativamente novedosos como el

---

*la semantización de la violencia política*, de Eliseo Verón (Simposio sobre teoría de la comunicación y modelos lingüísticos en ciencias sociales, 23 al 25 de octubre de 1967, recogido en *Lenguaje y comunicación social*) y *¿Quién mató a Rosendo García?*, de Rodolfo J. Walsh (periódico *CGT*, Buenos Aires, 16 de mayo al 27 de junio de 1968).

<sup>27</sup> Frente a las cautelas de Lévi-Strauss (que ponía inclusive entre paréntesis su propia condición de científico) se tiende a creer que entre nosotros algunas de sus ideas generales alcanzaron comparativamente un grado de “generalidad” asombroso, y sirvieron en algunos casos para sustentar hipótesis o combinaciones interdisciplinarias bastante audaces. ¿Se puede considerar a la tendencia “generalizadora” como un síntoma de la dependencia cultural?

formalismo ruso, Bachelard, el *New Criticism*, la fenomenología, la nueva crítica marxista, la psicocrítica, Lacan, etcétera.

Sólo entre 1967 y 1970, para marcar la frondosidad de este proceso de divulgación que no tiene precisamente apoyaturas académicas, se editan entre nosotros antologías más o menos confiables y textos centrales como *El grado cero de la escritura*, de Roland Barthes (Jorge Alvarez), *Aproximación al estructuralismo* (Galerna), *Estructuralismo y crítica literaria*, de Gerard Genette (Editorial Universitaria de Córdoba, con un estudio de Alfredo Paiva), *Problemas del estructuralismo* (EUDECOR, con introducción y notas de Oscar del Barco), *Estructuralismo y dialéctica* (Paidós), *El estructuralismo y la crítica marxista*, de Romano Luperini (Centro Editor de América Latina), *Estructuralismo y literatura* (Nueva Visión, selección de textos a cargo de José Sazbón), *Antropología estructural* (EUDEBA, traducción de Eliseo Verón) y *Tristes trópicos* (EUDEBA), de Lévi-Strauss, etcétera.

Junto con el estructuralismo hace su aparición entre nosotros, hacia los años '60, la problemática semiológica, en una versión (especialmente en lo que se refiere a la denominada "primera semiología") que muchas veces confunde sus raíces con ciertos desarrollos particulares del propio estructuralismo.

Verón, en este sentido, considera a su investigación con Carlos Sluzki (cfr. *Comunicación y neurosis*, 1970) como un trabajo de inspiración semiológica al que en cierta medida se puede (o se debe) brindar estatuto pionero, por lo menos en lo que se refiere al primer período de esa disciplina en el Río de la Plata.

Este trabajo en común y el simposio de 1967 sobre comunicación y modelos lingüísticos pueden ser considerados, en efecto, como articulaciones primarias en una tendencia teórica y disciplinaria que encontrará cauces de conceptualización más formales hacia 1970, con la realización del Primer Simposio Argentino de Semiología, en el que participan Juan Carlos Indart, Oscar Steimberg, Alicia Páez, Norberto Litvinoff y Mario Gandelsonas, entre otros.

Contemporáneamente (octubre de 1970) se crea en Buenos Aires la Asociación Argentina de Semiótica, bajo la presidencia de Eliseo Verón, con lo cual la nuestra se convierte en la segunda entidad nacional tras la fundación de la Asociación Internacional de Semiótica en 1969, y la creación de la sociedad italiana correspon-

diente. Una de las contribuciones más significativas de la Asociación en su primera etapa fue la publicación de la revista *Lenguajes*, cuyo primer número apareció en abril de 1974, con un Comité Editorial integrado por Juan Carlos Indart, Oscar Steimberg, Oscar Traversa y Eliseo Verón.

Con estos aportes queda prácticamente superada la primera etapa semiológica en la Argentina (estructuralismo más aportes de la teoría de la comunicación), etapa cuya crítica y valoración realiza Rosalía Cortés en el Simposio de 1970, con su trabajo “Clase social, ideología y transacciones en el grupo familiar”

Así como *Lenguajes* pone el acento en el análisis semiológico de la producción social de la significación (más que en lo que denominaríamos “sociología de la cultura”), una revista contemporánea como *Comunicación y cultura* privilegiará, en cambio, una actitud más frontalmente “socio-política”, en relación con los fenómenos, procesos y prácticas de la comunicación masiva y de la cultura en general, frente a las presiones tutelares y magistrales de los centros internacionales del poder.

*Lenguajes*, sin desconocer la situación misma de la dependencia cultural y la estructura de la dominación imperialista (antes bien poniéndola de relieve, tras la cortina cientificista de la semiología) examina los lenguajes, las comunicaciones masivas, los mensajes, los códigos y los discursos, en términos de “mercancías” nada “inocentes”, que portan en sus mecanismos de producción y circulación los signos de un proceso múltiple de mercado, de intercambio, de reproducción, etcétera.

*Comunicación y cultura*, en su primera etapa argentina, se aproxima a los medios masivos y a la comunicación bajo las premisas de la lucha ideológica y desde una perspectiva fuertemente alternativista, con los medios entrevistados casi exclusivamente como *aparatos de difusión de ideologías* y con las prácticas comunicacionales en una dirección de franca ruptura con el dominio de las ideologías del poder.

No es arbitrario, en consecuencia, que *Lenguajes* se subtitule, muy técnicamente, “revista de lingüística y semiología”, en tanto que *Comunicación y cultura* adopta el subtítulo de “la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano”.

Tampoco es aleatorio que *Comunicación y cultura* apunte sus baterías polémicas sobre *Lenguajes*, a través de un artículo de Héc-

tor Schmucler aparecido en el número 4 (cfr. “La investigación sobre comunicación masiva”, en *Comunicación y cultura*, núm. 4, 1975, pp. 3-14).

De manera sintética podemos agrupar las objeciones de Schmucler (quien por otra parte reconoce con amplitud el carácter esencialmente *correcto* de la semiología, en tanto forma de abordaje posible) en media docena de grandes áreas complementarias: 1) la invocación de la *neutralidad científica* como justificación autosuficiente; 2) la sistemática impugnación de lo político como fuente de conocimiento; 3) el reflotamiento anacrónico de la oposición ciencia/ideología; 4) la “ceguera” frente a la imposibilidad profunda de compatibilizar *condiciones de producción de conocimiento en un contexto dependiente con técnicas metropolitanas de alta sofisticación*; 5) la generación de un campo semántico político que, en la práctica, aparece negado por las realizaciones teóricas propuestas, y 6) la negación de lo “político” desde el prestigio del “saber”.

En ese mismo texto crítico Schmucler, que es a la vez co-director de la revista, junto con Hugo Assmann y Armand Mattelart, puntualiza la perspectiva teórico-política en que se ubica su propio interés por la investigación de la comunicación masiva: comienza por afirmar que la significación de un mensaje debe indagarse a partir de las condiciones históricas y sociales en que circula, tomando principalmente en cuenta la particular experiencia socio-cultural de los receptores. En la reflexión del autor, por consiguiente, quedan cuestionadas y sujetas a verificación las concepciones de los medios como puros “manipuladores de conciencia” y como “generadores de ideología” (y en este sentido vale la pena aclarar, a título complementario, que Schmucler rechaza la concepción de la “ideología como falsa imagen de la realidad”). Si el mensaje “comporta significación”, ésta sólo se “realiza” en el lugar del encuentro con el receptor, por lo que resulta indispensable inquirir la “forma” en que se verifica tal encuentro privilegiado y muchas veces decisivo.

Si admitimos, como señala Schmucler, que “en el momento de la decodificación, cuando la significación surge, se pone en contradicción o no el sistema de codificación del emisor con las condiciones de decodificación del receptor”, puede ocurrir (como en la práctica ocurrió en la Argentina en relación con el peronismo) que

el “poder” de los medios se vea profundamente relativizado, e inclusive jaqueado, por imprevistos mecanismos de “recodificación” en los que resultan preponderantes las experiencias vitales e ideológicas del receptor, siempre que estas experiencias sean *distintas u opuestas* a los modelos que proponen las clases dominantes.

Más que por el estudio del *mensaje* (aunque sin descartar, por cierto, su análisis), Schmucler se inclina por la investigación de las condiciones reales (esto es: condiciones en relación con un referente político) en que se verifica la *recepción* de tales mensajes, en la convicción de que sólo por este conducto se pueden obtener datos satisfactorios sobre su *significación*. De ahí, por otra parte, su interés por los marcos socio-económicos en que circula el mensaje y por la situación política del receptor, en tanto factores estructurales en los que se instala el “comunicador” y se legitima o justifica la emisión de tales o cuales mensajes.

Pensar las cosas en términos tan eminentemente “políticos” supone formularse la pregunta instrumental por el destinatario programático o social de la investigación comunicacional, en este caso una batalla ideológica (¿por la liberación del hombre y la sociedad?) en la que dichos medios tienen reservado un papel dominante como herramientas de trasmisión en uno u otro sentido, aunque el autor se incline por las “necesidades del nivel de desarrollo de la conciencia popular dentro de un proyecto general”.

Para concluir Schmucler afirma que el objeto de investigación es más bien una función que otra cosa: “la circulación de ideología en condiciones particulares de decodificación”, lo que implica que tal objeto se va elaborando de acuerdo con el proyecto político-cultural que lo define.

## 6. LA OTRA “ORILLA” DE LA CIENCIA

Un trabajo sobre cultura popular que pretenda superar las anteojeras epistemológicas que condujeron el tema a un improductivo callejón sin salida, no puede desentenderse de ciertos desafíos polémicos, y uno de los más importantes, en este sentido, consiste en superar el *horror vacui* de la discusión entre ciencia y política, tan

estéril y tautológico, en el fondo, como lo fue en su momento la disputa sobre humanismo y ciencia.

En un contexto político-cultural como el argentino la discusión de fondo sobre cultura popular debe mucho, precisamente, a libros o análisis que cuestionaron los recetarios “cientificistas” tradicionales y recortaron la problemática desde una perspectiva muy diferente, y en muchos sentidos más rica en sugerencias y puntos de partida. Una perspectiva fundada menos sobre la vieja repetición de modelos teórico-metodológicos (inscrita en la secular dialéctica centro-periferia) que sobre la reivindicación de nuestra peculiaridad y la correlativa constitución de una gnoseología propia, actuante sobre los concretos y distintivos fenómenos culturales en su específico marco histórico-social.

A esta categoría pertenecen tres libros fundacionales (aunque subestimados o impugnados por las corrientes “cientificistas”), en los que se eslabonan añejos linajes de análisis y conocimiento de la realidad nacional (alimentados por pensadores e intelectuales como Ortiz Pereyra, Tabora y Scalabrini) con experiencias históricas de profundo impacto cultural en las mayorías populares argentinas (como las movilizaciones y transformaciones a que dio origen el peronismo desde 1945): nos referimos a *Civilización y barbarie* (1956), de Fermín Chávez, *Los profetas del odio* (1957), de Arturo Jauretche, y a *Imperialismo y cultura* (1957), de Juan José Hernández Arregui.

Escritos con posterioridad a la caída de Perón en 1955, cada uno de ellos —desde perspectivas distintas— se propone explicar las claves de esas fuerzas históricas que operaron desde el '45 (en realidad a todo lo largo de la historia nacional) y de manera especial las razones profundas de su vitalidad y creatividad político-cultural. No son, ciertamente, textos de las horas de apogeo, sino, fundamentalmente, textos de proscripción, escritos en una etapa de repliegue y profunda crisis de la línea nacional.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> El análisis pormenorizado del proyecto político-cultural del peronismo durante la etapa 1946-1955 excede holgadamente los límites de esta exposición, por la naturaleza bibliográfica de la misma y por la complejidad y riqueza de matices que caracterizan tanto a sus propuestas como a sus resultados en los terrenos de la educación, los medios masivos, las ciencias, la difusión cultural y la propia redefinición de la cultura. Sobre la formulación del mismo se puede consultar *Doctrina Peronista, Primer Plan Quinquenal, La cultura en el Segundo Plan Quinquenal* (Presidencia de la Nación, 1953), Perón, Juan, *Filosofía Peronista* (Freeland, 1974).

Se los puede considerar, de manera indudable, como “textos políticos”, y de hecho cumplieron ese papel, tanto para la militancia intelectual de signo nacional como para las fuerzas de la inteligencia liberal, que trataron de descalificarlos rebajándolos al nivel de mera producción folicularia.

Pero son, al propio tiempo, algo más, si los consideramos en el contexto político-cultural en el que corresponde ubicarlos. Son (aunque a muchos les cueste admitirlo) verdaderos puntos de partida para una nueva epistemología, para una metodología de análisis cultural que señala los riesgos de la colonización pedagógica y propone nuevas herramientas de conocimiento y transformación de la realidad.

Escritos sobre la segunda mitad de los años '50, no prestan, ciertamente, como muchos otros análisis de la época (inclusive “funcionalistas”), una atención orgánica y sistemática a los nuevos fenómenos de la comunicación masiva. En esos textos, Chávez, Jaurtche y Hernández Arregui piensan más en fenómenos y productos que se parecen a los elaborados por el sincretismo criollista que en los generados por la nueva civilización tecnológica.

Los aportes que debemos tomar en cuenta se refieren, más bien, a la reformulación de la concepción historiográfica, a la impugnación del modelo pedagógico colonial, a la reivindicación del denostado o ignorado patrimonio cultural criollo, a la defensa de la memoria popular histórica, a la lucha por la identidad cultural, a la defensa de la creatividad popular, a la crítica de las élites culturales, a la reivindicación del conocimiento territorial, al análisis de la dependencia, a la revalorización de lo regional, etc., todo lo cual contribuirá a redefinir al sujeto y al objeto de la cultura nacional y popular, y a dilucidar, de paso, nuevos criterios teóricos y metodológicos de valorización, recuperación y análisis, en una dirección que había sido escamoteada o deformada por la tradicional concepción eurocentrista y epigonal de la cultura argentina.

La línea abierta por estos tres libros pioneros (y por la experiencia histórica y político-cultural de la que son expresión), tendrá múltiples articulaciones a lo largo de los años siguientes, que los vincularán, a su vez, con el análisis concreto de la realidad cultural argentina (en aspectos no sondeados por ellos, o examinados de manera prejuiciosa, como ocurre con algunos fenómenos de la industria cultural y de la cultura popular urbana) y con aportes de